contextos (comunión eclesial, jerárquica, eucarística, trinitaria *communio ecclesiarum*, etc.). Además, no es un principio organizador del magisterio eclesiológico del Vaticano II. Los padres conciliares no le otorgaron un valor estructurante similar, por ejemplo, al que dieron a la noción de Pueblo de Dios. De hecho, la recepción de la eclesiología conciliar hasta el Sínodo de 1985 se centraba en la noción de Pueblo de Dios, y eso con buenas razones. Por eso, el autor indaga el motivo por el cual el Sínodo de 1985 hizo esa apuesta por una «eclesiología de comunión» en discontinuidad con la eclesiología conciliar. Todo parece indicar que el Sínodo reaccionó ante una visión sociológica de la noción de Pueblo de Dios, entendido como la «base» frente a la «jerarquía» o, según otras versiones del primer postconcilio, la idea de una Iglesia carismática frente a otra institucional y jerárquica.

Bien miradas las cosas, la eclesiología conciliar privilegió la noción de Pueblo de Dios; pero no de modo polémico frente a otras nociones («Cuerpo de Cristo», «Templo del Espíritu», «Esposa», etc.), sino que Pueblo de Dios también revela el «misterio» en su manifestación terrena e histórica. No hay oposición entre el capítulo I y el capítulo II de *Lumen gentium*. Como declaró la comisión doctrinal del concilio, ambos capítulos forman un díptico, pues «expositio *de Populo Dei* –decía el Relator– revera *ad ipsum mysterium Ecclesiae*, in se consideratum, respicit [...] a fundamentali declaratione de intima Ecclesiae natura et fine separari nequit». Si no se incluyó el tema *de Populo Dei* en el primer capítulo, la razón fue solo evitar su extensión desproporcionada (*Acta Synodalia* III/I, 158-374). Por todo ello, sería una grave carencia prescindir de los servicios que se derivan de una eclesiología construida desde el concepto de Pueblo de Dios, que permanece como un logro del Concilio.

José R. VILLAR

José GRANADOS y Juan de Dios LARRÚ (eds.), *La perspectiva sacramental. Luz nueva sobre el hombre y el cosmos*, Madrid: Didaskalos, 2017, 198 pp., 15 x 21, ISBN 978-84-1718-505-3.

Los editores de este volumen de colaboraciones explican el sentido y el contenido del libro partiendo de un conocido texto de la *Carta a Diogneto*, en el que se dice que los cristianos no se distinguen de los otros hombres por nada externo, como el país de origen, la lengua, el vestido o los alimentos (*A Diogneto* 5,1-4). Ciertamente hay una diferencia, pero está a otro nivel: «precisamente ahí, en cada oficio que ejercen y en cada lugar donde moran como peregrinos, la fe inaugura horizontes insospechados. La misión de ellos consiste en que todo lo terreno, todo lo corporal, puede llenarse de una unidad nueva y viviente, que dirige todo a su meta última en Dios. Por eso se dice que son como el alma en el cuerpo del mundo» (p. 11). Esta imagen del alma como principio unificador y vivificante expresa bien la idea de fondo sobre la que se construyen las reflexiones que se quieren ofrecen: los cristianos están llamados, con su existencia ordinaria, a dar unidad y vida allá donde estén y desde donde estén. Y esto será así si hacen de su vida un auténtico culto, sacrificio agradable (cfr. Rm 12,1-2), con el objeto de dilatar su existencia, de mostrar la unidad armónica

de todas las cosas y su dinamismo de apertura a un «más», hacia su plenitud en Dios.

Es en este contexto en el que se introducen los conceptos de sacramentalidad y simbolismo. En la Eucaristía, Jesús realizó un acto de culto que estaba todo él referido a su vida concreta en la carne, que era una vida ofrecida al Padre para rescate de muchos. En esta acción escogió la realidad creada, el pan y el vino, refiriéndose al cuerpo y la sangre del hombre. Así, a partir de los ritos del Antiguo Testamento, mostró simbólicamente lo que estaba realizando, unificar el cosmos y la historia, abriéndolo al Padre, origen y plenitud de todo. De aquí mana el punto de vista sacramental, que hace también referencia al cuerpo santificado por la presencia viviente de los cristianos, que mantienen unidas todas las cosas. Es esta una misión fundamental de los cristianos, más perentoria si cabe en un mundo que tiende al individualismo, a la disgregación, a la desacralización, a la desesperanza, porque carece de un sentido, de un origen y de una meta, de una conciencia de llamada a la santidad y a la comunión. Estas tendencias también afectan a la Iglesia misma, y por eso, una y otra vez, debe superar la tentación de concentrar la evangelización en consolar el sentimiento subjetivo de las personas, sin intentar tocar el modo concreto en que se relacionan y organizan su tiempo, su trabajo, su presencia en la sociedad.

Esta es la perspectiva sacramental a la que se refiere el título del libro: los sacramentos nos enseñan un modo de situarnos en el mundo: no son actos del sujeto aislado, sino lugares de comunión, que inauguran espacios habitables para que nosotros los sigamos construyendo. Son, además, lugares dinámicos, desde los que se aprende a recordar el origen y a ver crecer las semillas hasta su fruto último, en esa comunión que nos une entre nosotros y con Dios. Siguiendo esta lógica, en este libro se habla de los sacramentos como puntos de partida que permiten entender todo lo cristiano y todo lo humano. El punto de partida es eucarístico (J. Granados): es Jesús, en la celebración de su rito, quien nos descubre la perspectiva sacramental. Y, dado que la Eucaristía asume en sí el pan y el vino, y dado que se refiere al cuerpo y la sangre del hombre, desde ella se nos desvela toda una visión del cosmos y de la vida, que comparte las coordenadas eucarísticas.

«Esta perspectiva permite mirar a todo el universo con ojos más profundos, descubriendo su capacidad para generar algo más allá de sí mismo: la lógica propia de los sacramentos indica cómo se organiza el entero mundo creado [la palabra que desvela, la naturaleza que genera, la palabra que genera, la teleología y la sacramentalidad del ser] (I. de Ribera). Por otro lado, para captar esta mirada sacramental es esencial cultivar una facultad que con frecuencia se olvida: la imaginación, que percibe el valor simbólico de las cosas [la "mirada del rey"] (L. Granados). El quicio de esta perspectiva se encuentra en la condición corporal del hombre, por la cual este participa de su ambiente y se halla constitutivamente en relación con los otros (J. Larrú): es la carne la que nos instala en la perspectiva sacramental [el cuerpo, signo de la persona]. Esta lógica creatural es asumida después por la Revelación. Todo el Antiguo Testamento (C. Granados), sembrado de signos, encauza el camino sacramental [signos de la alianza y signos de la creación]. Este culmina con la Eucaristía, alimento de inmortalidad, en que se muestra la profundidad de lo humano [la teleología de la Eucaristía: la divinización] (J. Noriega) y se nos entrega a Jesús, pan de vida [el pan, signo de salvación] (L. Sánchez). El volumen se cierra planteando la cuestión educativa desde el punto de vista sacramental (J. A. Granados): ¿cómo introducir a otros en esta perspectiva, como guiarles y acompañarlos en ella? ¿No con-

siste en esto todo el toque y el arte del maestro?» (pp. 15-16).

Estas colaboraciones proponen una interesante forma de plantear y encauzar la evangelización. El sacramento es una realidad universal, todos vivimos rodeados de símbolos. Situarse en esta perspectiva ayuda ciertamente a que la Iglesia realice su vocación y a ofrecer a los hombres un lugar en el que arraigar y florecer (cfr. Sal 1,3), un lugar del que los cristianos no pueden desertar (*A Diogneto* 6.10).

Juan Luis Caballero

John Witte Jr. y Amy Wheeler (eds.), *The Protestant Reformation of the Church and the World*, Louisville (Kentucky): Westminster John Knox Press, 2018, 278 pp., 15 x 23, ISBN 978-1611647624.

Esta colección de estudios presenta profundas y provocadoras reflexiones, realizadas desde diferentes perspectivas, sobre la justificación, a la vez que la referencia a otros temas relacionados, como el capitalismo o el consumismo. Valora así aspectos que han tenido gran importancia para la Iglesia y el mundo actuales. En efecto, en estas líneas se estudian aspectos más bien prácticos, consecuencia de los principios teológicos, y que han influido en la configuración del mundo desde el siglo XVI: la doctrina de la *sola Scriptura*, así como la influencia política y social de la Reforma, en la música y la educación, en la ética económica y en el futuro de Europa y del mundo. En efecto, la sociedad protestante del siglo XVI tuvo un gran impacto en la Iglesia, el Estado, la sociedad y la cultura; ha transformado la teología, el ejercicio del ministerio, la música, la pintura, la arquitectura, la literatura...; ha supuesto así –según los autores de este volumen– la difusión de las libertades individuales y de la igualdad, de la democracia y del orden constitucional, así como en las ideas militares o coloniales. De igual manera, insisten los autores de estos estudios, el protestantismo ha influido de modo decisivo en la doctrina social y en la atención de los pobres, en las relaciones entre Iglesia y Estado o en las leyes referidas a la familia o la educación. Los editores han tenido en cuenta autores de las áreas alemana y anglosajona, así como de distintas denominaciones protestantes como luteranos, anglicanos, calvinistas o anabaptistas.

Mark Noll (Notre Dame) afronta la parte bíblica y teológica de estas páginas y sostiene que la doctrina de la *sola Scriptura* es «un regalo para el mundo», mientras David Ford (Cambridge) destaca la importancia de la imprenta para la difusión del protestantismo y propone el evangelio de Juan como «testigo de la sorpresa». Por su parte, Jeremy Begbie (Duke) habla del papel de la música en la Reforma de la Iglesia. Michael Welker (Heidelberg), John Witte (Emory) y Carter Lindberg (Boston) abordan, asimismo, las relaciones Iglesia-Estado y las leyes referidas a la familia, la educación y la asistencia a los más desfavorecidos, siguiendo aquí las sugerencias de las enseñanzas luteranas sobre el sacerdocio bautismal, así como su influencia en la ética social y profesional. Wolfgang Huber (Berlín), Jonathan Walton (Harvard) y Graham Tomlin (Oxford) se ocupan del influjo socio-económico de las ideas protestantes no solo en los países occidentales, sino por medio de un «servicio al mundo». También el trabajo como vocación tiene aquí su importancia y protagonismo, así